

que Carballo ha podido hacer á los padres, se reducen á muy poca cosa. El ministro se ha servido con mayor frecuencia de las armas de la mala fé, de la calumnia y de la exageracion, que de las del candor.... Los siglos y los pueblos que hemos marcado con el epíteto de bárbaros, no han dado mayor ejemplo de inhumanidad, que el gobierno portugués en su modo de tratar á los Jesuitas. Desde 1764, el duque de Choiseul habia espulsado á los Jesuitas de Francia, y perseguia á esta órden hasta en España. Se emplearon todos los medios de hacerla un objeto de terror para el rey, y se consiguió al fin con una *atroz calumnia*. Se asegura que se le presentó una carta supuesta del padre Ricci, general de los Jesuitas, que se acusa al duque de Choiseul de haber hecho fabricar: carta en la que dicho prelado avisaba á su corresponsal, que habia llegado á reunir documentos que probaban incontestablemente que Carlos III era hijo adulterino. Esta absurda invencion hizo tal impresion sobre el rey, que se dejó arrancar la órden de espulsar á los Jesuitas. Embriagado con el incienso que los filósofos franceses quemaban sobre su altar, Aranda *no conocia mayor gloria que la de ser contado entre los enemigos de la religion y de los tronos*.—Decia un publicista en 1828, que existia una señal muy marcada del fin próximo de los Estados, y era la decadencia prodigiosa de la razon humana. Pudiera decirse lo mismo del último periodo del reinado de Luis XV, que preparó los desastres del de Luis XVI. Dos facciones que debian detestarse recíprocamente, desde que llegaron á conocerse, los jansenistas y los filósofos, estaban de acuerdo sobre este punto: su union, el ódio á la autoridad legítima, los talentos de sus corifeos y sus imposturas, alucinaban á la multitud de ignorantes, que para parecer filósofos, gritaban contra todo lo que estos condenaban. El delfin, penetrando perfectamente las intenciones del partido, que para llegar á conseguir la destruccion del poder civil y el trastorno de la autoridad real, minaba la de la Iglesia, protegía á los adversarios de este impío partido, ó para hablar el lenguaje del fanatismo del tiempo, que ha llegado á ser el del nuestro, el delfin era *Jesuita*. Lo cierto es, que este príncipe estaba sinceramente adherido á la religion y era devoto, lo que venia á ser un ridículo á los ojos de los filósofos, ó mas bien esta secta, para la que nada es mas formidable que la verdadera piedad, ocultaba su terror dando á los mas sublimes sentimientos la apariencia de una debilidad. Luis XV, no podia ignorar que su hijo veía con horror los escándalos de su vida privada: sabia haber perdido el afecto del pueblo, y se dejó persuadir facilmente de que existia una liga que le quitaba el aprecio público, para dirigirlo al delfin, y que los Jesuitas eran el alma de la cabala.... La manera con que la espulsion de los Jesuitas del territorio de Francia, fué ejecutada en 1767 en la isla de Córcega, pone en un punto de vista muy triste la pretendida filantropía de los corifeos del filosofismo; la injusticia contra los Jesuitas franceses fué grande, pero la conducta que se observó con los españoles (y con los mexicanos que iban en su compa-

ña) á quienes la República de Génova habia concedido un asilo en aquella isla, fué bárbaro....”

En el tomo 44 de la misma obra, se habla así, página 42, de la estincion de los Jesuitas.

“Hallábase la Iglesia en una estrema fermentacion, cuando Clemente XIV subió al trono pontificio. Esta era la época en que el partido anti-religioso dominaba en muchos gabinetes, ó á lo menos era bien visto en otros. *Es incontestable que habia un proyecto de un cisma*, con la creacion de patriarcas nacionales independientes de la corte de Roma. La prudencia de Clemente XIV, y las concesiones que hizo al espíritu del siglo, evitaron este daño.... El papa vaciló, buscaba demoras; las cortes usaban medidas violentas contra la santa sede con objeto de asustar al pontífice y decidirlo. En fin, el breve de supresion *Dominus ac Redemptor noster* fué firmado por Clemente XIV el 21 de Julio de 1773; empero él no condena ni la doctrina, ni las costumbres; ni las constituciones de los Jesuitas: los únicos motivos que son alegados para su supresion, se reducen á las quejas de las cortes contra la órden, y el papa la justifica por ejemplos anteriores de órdenes suprimidas por consideracion á la opinion pública. Todas estas supresiones como lo observa Clemente XIV, han sido pronunciadas no en juicio, sino por simples razones de prudencia.”

A los historiadores citados, agregaremos otros, aunque de menos nombradía, tan imparciales y juiciosos como ellos. Oiga vd. este trozo tomado de la obra del protestante Lord Fitz-William, titulada: *El Concordato explicado*, que se publicó en 1801; en que hablando (pág 11) de la conspiracion tramada por los filósofos para trastornar la religion y la monarquía, se espresa en estos términos: “Sus progresos, no obstante, fueron detenidos por un obstáculo, que hubiera desconcertado todas sus esperanzas, si no hubiesen hallado modo de franquearlo: este era la Compañía de los Jesuitas, órden sábia y valerosa, que por la naturaleza de su instituto ocupaba el primer rango entre los defensores del altar. En la época de que hablamos, los Jesuitas estaban en posesion del mayor número de los seminarios y colegios de la cristiandad, ó vivian dispersos entre los pueblos idólatras á los que predicaban el Evangelio. Lo que prueba que se habian hecho propios para semejantes empleos, es el número de hombres grandes é ilustres en todos los ramos de las ciencias que han producido; y que sus tareas hayan sido coronadas de sucesos, es cosa incontestable, á vista de los testimonios reunidos de los reyes, de los obispos y de los magistrados, por la aprobacion de un concilio ecuménico, y por la especial proteccion que les acordaron diez y nueve papas, durante una sucesion no interrumpida de doscientos treinta años.—Esta ilustre y sábia Compañía, ocupada de esta suerte en estender y conservar en todos los paises del mundo la piedad cristiana, en formar el espíritu de la juventud en las letras, en hacer germinar en sus corazones los preceptos de la religion y de la virtud, inspirándole al mismo

tiempo sentimientos de respeto, de reconocimiento y amor, hácia sus maestros; era una falange temible á los ojos de esos filósofos sensuales y libertinos. Las armas solas de la chocarrería y la sátira, eran muy débiles para conmovérta: recurrieron á la calumnia, y atacando al instituto hasta en sus principios, con mengua de toda verdad y justicia, y aun sin conservar las exterioridades, lo acusaron audazmente de inmoralidad, fanatismo, entusiasmo perseguidor y sacrilegio, bajo la máscara de piedad; de usurpaciones odiosas, con el nombre de privilegios; de política intrigante y doctrinas regicidas, con la apariencia de patriotismo. Por desgracia de los Jesuitas, los negocios de Francia eran dirigidos entonces por un ministro, cuyos talentos en sus manejos en la guerra, habian sido censurados acremente y con justicia, y para rehabilitarse en el concepto público, solicitaba los aplausos de la nueva secta. Este fué el motivo porque puso mano á la grande obra, y . . . los Jesuitas fueron suprimidos. Lo que causó mas asombro fué, que en un país que tanto se vanagloria de sus derechos civiles y religiosos, vió la Europa á una porcion tan considerable de ciudadanos, viviendo pacíficamente bajo la proteccion de las leyes, útilmente consagrada al servicio del estado, honrada por tanto tiempo de la confianza de su soberano y del aprecio de sus compatriotas, caer de un golpe víctima de la calumnia, presentarse ante los tribunales como culpable, y aquí, por asertos, sin pruebas, y sin ser escuchada en su propia defensa, ser condenada, y perder á la vez con tanta inhumanidad como injusticia, su estado, sus bienes y su nombre."

Escuche vd. esta cita de la *Historia de España*, del inglés Adam, tomo 4.º, página 271.

"Se puede muy bien, sin herir susceptibilidades, poner en duda los crímenes y malas intenciones atribuidas á la Compañía, y es mas natural creer, que un partido enemigo, no solamente de su establecimiento como cuerpo, sino de la religion cristiana en general, suscitó una ruina á la que se prestaron los gobiernos, de tanta mejor gana, cuanto que les resultó de ella un interés positivo; el de sus riquezas."

Aquí tenemos á Sismondi, otro escritor protestante: tenga vd. la bondad de oír lo que dice en su *Historia de los Franceses*, tomo 29 página 231, 369 á 373.

"El cúmulo de acusaciones, las mas veces calumniosas, que encontramos hechas á los Jesuitas en los escritos del día, tiene un no sé qué de aterrador y espantoso. . . . La persecucion contra los Jesuitas se extendió de un país á otro con tal rapidez, que apenas puede explicarse. Choiseul hizo de ella un negocio personal. Puso su conato principalmente en arrojarlos de todos los Estados de la casa de Borbon, y se aprovechó para ese objeto de la influencia que habia adquirido sobre el rey de España Carlos III. . . . Se hizo creer á Carlos III de España, que los Jesuitas habian concebido el plan de colocar sobre el trono en su lugar, á su hermano el infante D. Luis. Carlos III, conservó el mas profundo resentimiento de la insurreccion de

Madrid: la creyó obra de alguna intriga estrangera; pero se le pudo persuadir que fué efecto del manejo de los Jesuitas, y este fué el principio de su ruina en España. Conspiraciones supuestas, acusaciones calumniosas, y cartas apócrifas destinadas á ser interceptadas y que lo fueron en efecto, acabaron por decidir al monarca. . . . En México, en el Perú, en Chile, y por último, en Filipinas, fueron igualmente sorprendidos en sus colegios, en un mismo día y hora, ocupados sus papeles, y arrestadas y embargadas luego las personas. Se temia su resistencia en las misiones, donde eran casi adorados por los nuevos convertidos, pero al contrario, mostraron la mayor resignacion y humildad, unidas á una calma y firmeza, que rayaban en heroismo."

Atienda vd. á lo que dice el juicioso Lacrosette, en su *Historia del Siglo XVIII*: "No habia olvidado Madama de Pompadour el empeño con que el partido del delfín la habia espulsado de Versailles, cuando el delito de Damiens hizo temer por la vida del rey. Bien sabia cuan accesible era Luis, en medio de sus desórdenes, á los terrores de la religion, y que un solo instante de remordimiento bastaba para causar su desgracia de parte de un rey, que hacia ya tiempo no se hallaba seducido por sus atractivos. Los Jesuitas, unidos á la reina y á sus hijas, al delfín y á su esposa, y á varios señores españoles respetables, espianaban todas las ocasiones para conducir al rey á un piadoso arrepentimiento. Madama de Pompadour, ocupada en defenderse de toda la familia real, queria quitarle el auxilio de los Jesuitas, bien persuadida de que si el rey consentia en sacrificarlos, le seria mas fácil apartarlo de su familia, y por tiempo mas dilatado, se impediria su vuelta á la religion. . . . Ya habia resuelto la pérdida de los Jesuitas, cuando encontró en el duque de Choiseul un socio, con quien parecia dividirse la direccion de todos los negocios; y este ministro, para darle una prenda de su sinceridad, no tuvo temor de chocar de frente con el heredero del trono, y muy pronto, todos los enemigos de la favorita, llegaron á serlo del primer ministro."

Además de los elogios que el protestante Robertson hizo de las misiones de los Jesuitas en el Paraguay (*Defensa de la Compañía de Jesus*, tom. II, opusc. 5, pág. 2). véase lo que dice en su *Historia de Carlos V*, tom. 2.º lib. 6.º, donde despues de haber hecho un vejámen horroroso á los Jesuitas, fundado en las acusaciones de Hospiniano, uno de sus mayores adversarios en el siglo XVI, y de D'Alembert, La-Chalotais, Montclar y otros parlamentarios franceses del XVIII, ignorando tal vez las sólidas contestaciones que se les han dado, termina con el siguiente elogio.

"La buena fé y la imparcialidad, que impone este carácter, (de historiador) me obliga á añadir una observacion en su favor; y es que en la Iglesia romana ninguna clase del clero regular se ha distinguido mas por la pureza de costumbres, que esta sociedad en general. . . . Como la intencion declarada de la orden de los Jesuitas, era la de trabajar con un celo infatigable á la salvacion de las almas, ella los com-

prometía á desempeñar las funciones mas multiplicadas... La mayor parte ocupados en el estudio de las letras, ó empleados en las funciones de la religion, seguian por guía los principios ordinarios que apartan á los hombres del vicio y los conducen á la honestidad y á la virtud... Nada es mas digno de la atencion de todo hombre ilustrado, curioso de observar las revoluciones del género humano, como las causas que han ocasionado la ruina de este cuerpo tan poderoso, con las circunstancias y los efectos que han acompañado este suceso en las diferentes regiones de la Europa."

Si habrán admirado á vd. estos testimonios, va á sorprenderse mas con los que siguen, tomados nada menos que de dos obras escritas por protestantes, espresamente á favor de la Compañía de Jesus: una anónima, con el título de *Cartas de Clerico á Laico*; y la otra, con el de *Nueva conspiracion contra los Jesuitas, descubierta y brevemente explicada* por Roberto Carlos Dallas, ministro de la iglesia anglicana, y publicadas ambas en Lóndres, en 1815. Véalas vd. aquí, y le ruego que atienda á los siguientes fragmentos.

"La mejor refutacion, dice el primero, contestando á un folletista del *Times*, que puede hacerse á vuestro libelo, seria una comparacion entre el estado de la religion, de la moralidad, del orden y de la subordinacion en los países católicos, en la época en que los Jesuitas eran, como lo decís, sus maestros, sus predicadores y directores, y el de las costumbres públicas, despues que sus enémos hubieron consumado su destruccion. Lo que refuta mas completamente vuestras miserables acusaciones, es la circunstancia muy notable, de que en todos los países en que los Jesuitas han sido entregados á las prisiones, al destierro, á la infamia y á la mendicidad, no ha podido citarse, ni probarse el crimen de uno solo. ¡Cosa horrible de decirse! Ni uno solo ha sido interrogado en juicio, ni ha conseguido el permiso de defender su causa: en todas partes han sido condenados, y en todas castigados sin ser oídos y sin la menor forma de juicio. Este es un hecho de pública notoriedad... Los Jesuitas sucumbieron, y algunos años despues, Roma fué entregada al saqueo y al pillage; dos pontífices fueron sucesivamente arrojados en cadenas; inmenso número de franceses abandonaron su fé, y todos los filósofos de la Europa, se regocijaban de la dispersion del sagrado colegio. Por todas partes se anunciaba con triunfo la extincion próxima del papado. Pero ¡ó divina Providencia, tan adorable como infalible en tus designios! el trono pontificio volvió á elevarse sobre las siete colinas; el papa reina todavia en la santa ciudad, y los Jesuitas, los bravos veteranos del catolicismo, son llamados nuevamente para sostener los nuevos asaltos de la calumnia..."

"En otro tiempo, así se espresa mas terminantemente el segundo, todo enemigo de la religion católica, era adversario declarado de los Jesuitas. La série no interrumpida de sus afortunados sucesos, les atraía continuamente nuevas hostilidades; y como observa Spóndano,

jamás hombres algunos han sufrido mayores contradicciones, ni triunfado con mas gloria de la violenta oposicion que continuamente se les ha hecho. Su asidua aplicacion en sus diversas relaciones con el público, en sus escuelas y seminarios, en los púlpitos y tribunales sagrados de la penitencia, en los hospitales y cárceles, en el cultivo de las letras, en las misiones nacionales y extranjeras, en todos los trabajos, en fin, de su profesion, les abrian una vasta mina que explotar, y los hacian recomendables á los reyes, á los magistrados y á los obispos; y prestando servicios tan señalados al público, lograron embotar los aguijones de la envidia y los dardos de la malignidad... Los Jesuitas formaban de esta manera un cuerpo distinguido, que obligaba á hacer tomar el mayor interés á cuantos eran testigos de su conducta irreprehensible y su no interrumpida laboriosidad. Imposible era verlos con indiferencia ó desdén; ó eran altamente estimados ó cruelmente perseguidos. En todos los países católicos se habian granjeado completamente la confianza y el respeto; y por todas partes se tributaba homenaje á la santidad de su doctrina, á la pureza de sus costumbres, á su celo por la religion, y al empeño que tenian de ser útiles al público. El mismo carácter de sus adversarios y rivales, contribuía poderosamente á esta debida consideracion, porque ó eran enemigos públicos ó secretos del catolicismo, ó envidiosos de la fama de su enseñanza y ministerios, ó sugetos inquietos, preocupados, y que les profesaban un ódio implacable, por la sombra que hacian á la mediania de sus talentos ó empresas; y he aquí las fuentes de donde ha manado á diversas épocas, esa masa indigesta de acusaciones tan falsas como inverosímiles, recogidas con ansia por los nuevos conspiradores contra los Jesuitas.—Y no es una locura imaginar que una numerosa asociacion de religiosos, que mantenía tantas relaciones con el público, y vigilada sin cesar por enemigos no menos encarnizados que llenos de zelos, pudiera ser una horda de trapacistas sin principios, de impostores é impíos? El favor que tantas naciones cultas les han concedido, hace desechar una idea semejante. Los papas, los reyes, los prelados y magistrados, en todas partes los han protegido y empleado; los obispos y el clero los miraban como sus mas útiles auxiliares en el santo ministerio; porque ellos ejercian todas las funciones, sin mezclarse en la de *gobernar* la Iglesia, á la que habian renunciado por un voto especial. En todas las ciudades, y aun en las campiñas, recibía el pueblo gratuitamente sus servicios. *Cien años ha que si se hubiese consultado individualmente la opinion pública en Italia, en Francia, en España, en Portugal, en Alemania, en Polonia y en el nuevo mundo, no hay duda que mas bien se habrian deshecho de cualquiera orden religiosa que de la Compañía de Jesus.* Del mismo sentimiento estaban animados todos los soberanos del continente de Europa; porque consultaban á los Jesuitas sobre todo lo que podia interesar á la religion; los escuchaban de preferencia como predicadores; les confiaban la instruccion de sus hijos, la direccion de sus propias concien-

cias, y la salvacion de sus almas. Entonces, no solamente los reyes, sino sus ministros, los nobles y el pueblo creian en la religion; eran los hijos de aquellos mismos hombres que habian sostenido recios combates en Francia y en Alemania en defensa de la unidad católica contra las sectas confederadas, que habian formado una liga para destruirlas. Aun no habia aparecido Voltaire entre ellos. Aun no se les habia presentado la religion como un objeto ridiculo; sino que tenian hacia ella un santo respeto, la miraban como el mas firme apoyo del estado y del trono, y veneraban á sus ministros, y con mucha especialidad á los Jesuitas, porque sabian muy bien que su instituto estaba bien calculado para formar á sus miembros al servicio activo de los altares que ellos respetaban.”

Hablando en otro lugar sobre la supresion de los Jesuitas, se expresa así.

“Los que aprueban el acto de Clemente XIV no hacen atencion á que dan aprobacion al mismo tiempo á una máxima corrompida, que echaban en cara á los Jesuitas sus enemigos. Por otra parte, la destruccion de la orden, era un mal cierto, y el bien que de ella se aguardaba; á saber, la seguridad y la inviolabilidad de la santa sede, estaba muy distante de ser una consecuencia cierta; ¿qué decimos cierta! lo contrario han probado los acontecimientos subsecuentes, porque en muy corto espacio de tiempo ha perdido la Tiara el respeto que se le debe, y cada trono en Europa ha sido amenazado de una ruina casi inevitable. Por todas partes han sido substituidas sobre el continente universidades y academias filosóficas á los colegios de los Jesuitas; dejaron de obrar de concierto en la educacion la religion y la razon; ésta, con todos sus extravíos, fué puesta en primera fila, como el grande objeto y el carácter distintivo del hombre, mientras que aquella vista con negligencia y ridiculizada, pronto perdió su nombre, y le fué substituido el de supersticion.—En 1773 habia abolido la orden Clemente XIV; y en 1793 (*el 21 de Enero*), un rey de Francia fué decapitado, se divinizó la razon, y aun le fueron levantados altares en diversas poblaciones. La anarquía siguió á la impiedad; y verdaderos demonios fueron elegidos para gobernar, ó mas bien dicho, para confundirlo todo. El sucesor de Ganganelli, Pio VI, fué arrebatado de Roma, para ir á morir en el cautiverio, en Valencia del Delfinado. En seguida Pio VII, se volvió juguete de los agentes de la mas absoluta y diabólica tiranía, que ha existido jamás sobre la tierra. Es evidente por lo mismo, que la conservacion del poder de Roma, no ha dependido de la destruccion de la orden de los Jesuitas; sino que al contrario, el rescripto de 1773, fué el decreto conminatorio que sacudió á la santa sede, de la que dos pontífices sucesivamente han sido arrancados. El dicho breve consiguientemente, debe reputarse por el fruto de la mas imprevisiva política.—Imposible es leer las cartas que se atribuyen á Ganganelli, sin reconocer en él un hombre que tenia talento, virtud, religion y amabilidad. Yo no confundiré la filosofía

que cultivaba con la que es destructiva de la esperanza cristiana y del orden político; pero toda su conducta, en el negocio de los Jesuitas, prueba que su alma no era formada para los honores del martirio, pues estaba dispuesto á obrar contra su propia conviccion, y á sacrificar el principio á las circunstancias, máxima particularmente combatida por los Jesuitas y por los católicos en general.”

Parecerá á vd, sin duda, que....

B.—Perdone vd, que le corto la palabra; pero me parece haber oido en el testimonio que acaba de leerme, que el aprecio á los Jesuitas era general en toda la Europa, pocos años antes de su destruccion. Algo lo dificulta; porque si esto fuera cierto; ¿cómo hubieran podido los soberanos dar este golpe, sin temer los efectos de esa opinion pública, á favor de los que iban á proscribir, que podrian haber sido bien desagradables, pues como dice el refran: *la voz del pueblo es la voz de Dios.*

M.—La siguiente anécdota que refiere otro inglés, Coxe, en su obra titulada: *La España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tomo 5.º página 25 (obra muy honorífica á los Jesuitas, y de la que se han insertado varios pasages en la citada *Defensa*), va á probar á vd. la exactitud con que se explicó Dallas, y el poco caso que han hecho siempre los gobernantes de la opinion pública, por mas alto que se haya pronunciado á favor de los Jesuitas.

“El dia de San Carlos, cuando el monarca se dejó ver del pueblo, desde el balcon de su palacio, y se dispuso á otorgar en este dia alguna gracia de interés general; con grande asombro del soberano y de toda la corte, las voces y gritos de un gentío inmenso, hicieron llegar á sus oidos el voto unánime de la multitud, que pedia á su rey el permiso para que los Jesuitas volvieran á España bajo el traje y vida del clero secular. Este incidente inesperado alarmó á Carlos III, quien despues de tomar informes, creyó conveniente desterrar al cardenal arzobispo de Toledo, y á su gran vicario, como acusados de haber sido los instigadores de esta tumultuosa demanda.”

Anudando, pues, el hilo del discurso, decia yo, que le pareceria á vd, sin duda que soñaba al haber escuchado tantos honoríficos testimonios á favor de los Jesuitas, de boca de sus mayores adversarios, como lo han sido siempre los protestantes; y en efecto, así se lo figuraría cualquiera de nuestros ilustrados y hombres concienzudos de la época, que no saben hacer el menor sacrificio á la verdad, cuando median los intereses de su partido. Pero si vd. se sirviera dar una ojeada á la *Defensa* repetida, se confundiria de ver lo que sobre el particular han dicho un Bacon, un Grocio, un Leibnitz, un Bierlingio, un Enrique Pantaleon, y otra multitud entre los protestantes antiguos, y entre los modernos un Villers, un Izchirmer, un Murr, &c. &c. Cerremos, pues, este punto con una célebre profecía del ministro anglicano Johnson, y otras ligeras confesiones de sectarios, que desmienten á los que han osado decir, arrastrados de la ignorancia y de la pasion,

que la educacion dada por los Jesuitas amortigua los nobles sentimientos, y que no *ha habido ni habrá comunidad mas llena de vicios que su Compañía.*

El citado Johnson en una obra, sobre la utilidad de las comunidades, y en que prueba que los monasterios nada tienen que no sea muy conforme al espíritu del hombre ilustrado y religioso, proposicion que no será muy del gusto de nuestros *progresistas*; hablando de la destruccion de los Jesuitas, la desaprueba altamente, como un golpe terrible dado á la autoridad general de la Iglesia, y agrega: “Esta supresion no dejará de ser vista con agrado por algunos hombres poco previsores de nuestra comunión; pero ¡ah! ella será seguida de muchas peligrosas innovaciones, que llegarán á ser fatales á la misma religion, y á conmovier el cristianismo hasta sus mas hondos cimientos.”

Sobre la enseñanza jesuítica, se espresaba así el doctor Kirwan, segun se refiere en su vida que precede á sus sermones: “Jamás me avergonzaré de confesar, que en el colegio de los Jesuitas ingleses de Santomer, fué dónde comencé á sentir en mí la noble ambicion de trabajar por el bien de las almas.”

El Señor Sheil, hablando en la discusion del 9 de Julio de 1845, en la cámara de los comunes de Inglaterra, sobre la enseñanza dada por los Jesuitas en ese reino, decia: “Yo, Señor, soy discípulo de estos padres, y aseguro, bajo mi palabra de honor, que jamás he oido de boca de ninguno de ellos, una palabra que no fuese conforme á la piedad, al amor pátrio, á la humanidad, y á un justo liberalismo; así es, que sean las que fueren nuestras opiniones religiosas, será para la Irlanda el mayor beneficio, que la juventud católica del *Gentry* se confie á sus cuidados.”

Ultimamente, los editores de las vidas de los santos ingleses, publicadas en Toovey, en 1844, que como es sabido, pertenecen á la secta de los *puseistas*, entre otros mil elogios hechos á la Compañía de Jesus, hasta llegarla á nombrar: “el milagro mas grande existente en el mundo;” en la de San Estevan arzobispo de Cantorbery, dicen: “Los Jesuitas de nuestros dias no tienen igual en la historia, y solo pueden ser comparados con aquellos famosos monges cirtercienses, que en los tiempos del rey D. Juan, eran la flor de la Iglesia y el objeto del mas refinado ódio de los malvados.”

B.—Basta, Señor, de tanto protestante, que le confieso que ya me tienen empachado, y que no puedo digerir sus testimonios, por mas que me los quiere hacer tragar con la buena fé é imparcialidad de sus autores. Ya veremos si tambien convierte vd. en abogados de los Jesuitas á los filósofos, cuya escuela cabalmente los destruyó, segun me ha dicho en el siglo pasado.

M.—Voy á darle á vd. gusto, y sin repetirle los elogios ó confesiones que en la *Defensa* se han insertado, del conde de Buffon, Montesquieu, Argens, Mirabeau, Mercier, Condorcet, Bayle, Raynal, Lingüet, Montclar, Haller, Rousseau, La-Chalotais, La-

lande, y los editores de la Biografía Universal (1); impóngase en los siguientes de Voltaire, y D'Alembert, tambien citados en la misma obra, y algunos otros, que van á admirarlo no menos que los protestantes.

Voltaire en el tomo III del *Ensayo sobre las costumbres*, á la página 246 y siguientes, se explicaba así sobre los Jesuitas. “Se les ha visto gobernar muchas córtes de la Europa, adquirirse una gran nombradía por la educacion que han dado á la juventud, y reformar las ciencias en la China, hacer cristiano por algun tiempo al Japon y dar leyes á los pueblos del Paraguay. A la época de su espulsion de Portugal, primera señal de su destruccion, eran cerca de diez y ocho mil en el mundo, sujetos todos á un general perpétuo y absoluto, y unidos estrechamente entre sí únicamente por la obediencia que profesaban á uno solo. Su gobierno habia llegado á ser el modelo de un gobierno monárquico. Nada parece mas contradictorio que ese ódic público de que han sido objeto, y la confianza de muchos países, y que allí mismo les hizo adquirir crédito; ese prodigioso número de enemigos, y ese favor popular. Jamás se habian visto estos contrastes en las órdenes mendicantes. En una comunidad numerosa, ocupada de las ciencias y de la religion, siempre ha habido génios ardientes é inquietos que se crien enemigos, sábios que se adquieren reputacion, caracteres insinuantes que se forman partidos, y políticos que sacan partido del trabajo y del carácter de todos los demás.... No debe sin duda atribuirse á su instituto, ni á un plan formado, general y seguido sin intermision, los crímenes á que la desgracia de los tiempos ha podido arrastrar á muchos Jesuitas. No ha sido ciertamente falta de Ignacio el que los padres Mathieu, Guignard, Gueret y otros hayan conspirado y escrito con tanto furor contra Enrique IV, y si han sido, en fin, espulsados de la Francia, de España y Portugal, y destruidos por un papa *franciscano*, á pesar del cuarto voto que hacian á la santa sede: ninguna orden religiosa ha sido fundada con miras criminales, ni aun politicas.... El establecimiento en el Paraguay por los solos Jesuitas españoles, parece bajo algunos aspectos, el triunfo de la humanidad.... Los Jesuitas á la verdad, se han servido de la religion para quitar la libertad á los pueblos del Paraguay; pero los han civilizado, los han hecho industriosos, y han llegado á gobernar á un pais tan vasto, como en Europa se dirige un convento. Los Jesuitas se han hecho una virtud de sujetar á los salvages, para la instruccion y la obediencia.—El Paraguay es un vasto pais entre el Brasil, el Perú y Chile. Los españoles se habian hecho dueños de alguna parte, donde fundaron á Buenos-Aires, ciudad de un gran comercio á la ribera de la Plata; pero por poderosos que hubieran sido, eran en muy corto número para subyugar tan

(1) Este artículo se halla en el opúsculo titulado: “Importancia del restablecimiento de los Jesuitas para la pública educacion:” nota 11.

tas naciones como habitaban en los bosques. En esta conquista fueron ayudados por los Jesuitas, mucho más que lo habrían sido por soldados. Estos misioneros penetraron gradualmente en el interior del país al principio del siglo diez y siete. Sus fatigas y penas igualaron á las de los conquistadores del nuevo mundo: el valor de la religión es tan grande á lo menos como el militar, jamás se acobardaron, y al fin, llegaron á conseguir lo que deseaban.... Fueron á la vez fundadores, legisladores, pontífices y soberanos." Veamos este opúsculo sobre la destrucción de los Jesuitas de Francia, en los diversos lugares que están señalados, como habla otro gran filósofo, D'Alembert.

"La Compañía de los Jesuitas debe á Aquaviva más que á ninguno, ese régimen tan sábio y bien concebido, que puede llamarse la obra maestra de la industria humana en materia de política, y que ha contribuido por doscientos años al engrandecimiento y á la gloria de esta orden.—Apenas la Compañía de Jesús comenzó á manifestarse en Francia, cuando sufrió innumerables dificultades para establecerse allí. Sobre todo, las universidades hicieron los mayores esfuerzos para desprenderse de estos recién venidos; y es difícil decidir si ésta oposición forma el elogio ó la condenación de los Jesuitas que la sufrieron. Estos se ofrecían á enseñar gratuitamente, para lo que contaban en su seno con hombres sábios y célebres, superiores acaso á los que las universidades podían presentar; el interés y la vanidad pudieron, pues, bastar á sus adversarios, á lo menos en estos primeros momentos, para empeñarse en combatirlos.... Es necesario ser justos, ninguna corporación religiosa sin escepción, puede gloriarse de un número tan considerable de hombres célebres en la literatura y en las ciencias. Los Jesuitas se han ejercitado con suceso en todo género de letras, elocuencia, historia, antigüedad, geometría, literatura profunda y agradable; no hay, en fin, casi ninguna clase de escritores en que no cuenten hombres de primer mérito.... A todos estos medios de aumentar su consideración y crédito, juntaron otro no menos eficaz, y fué la regularidad de la conducta y de las costumbres. Su disciplina en este punto, es tan severa como prudente; y sea lo que fuere lo que haya publicado la calumnia, es necesario confesar que ninguna orden religiosa tiene menos que tachar sobre esta materia.... Los Jesuitas han adquirido en el Paraguay una autoridad monárquica, fundada según se dice, sobre la sola persuasión y la dulzura de su gobierno; gobernando este vasto país, hacían venturosos, á lo que se asegura, á los pueblos que los obedecían y que llegaron á someter sin emplear la violencia. El cuidado con que alejaban á los extranjeros, ha impedido conocer los pormenores de esta singular administración; pero lo poco que se ha descubierto forma su elogio, y haría también desear, si las relaciones son fieles, que tantas otras costas bárbaras, en que los pueblos son oprimidos y desgraciados, hubiesen tenido como el Paraguay, á los Jesuitas por apóstoles y maestros.... Estos

hombres, que se creía, tan dispuestos á burlarse de la religión, y que se habían pintado como tales en una multitud de escritos, rehusaron casi todos prestarse al juramento que se exigía de ellos.... Por motivos de respeto humano rehusaron recibir bajo su dirección á personas poderosas, que no podían aguardar de ellos una severidad tan singular bajo todos aspectos. (Alude á los sucesos de la Pompadour.) Esta negativa indiscreta, se dice, ha contribuido á precipitar su ruina por las mismas manos de que hubieran podido formarse un apoyo. Así es, que estos hombres que tanto se habían acusado de moral relajada, y que solo en virtud de ella se habían sostenido en la corte, se han perdido tan luego como han querido profesar el rigorismo.... Sus declamaciones en la corte y en la ciudad contra la Enciclopedia, habían sublevado contra ellos á todas las personas que tenían interés en esta obra, que eran en gran número.... Eran (los Jesuitas) pintados en un solo rasgo de pluma, como idólatras del despotismo para envilecerlos, y como predicadores del regicidio para hacerlos odiosos. Estas dos acusaciones eran un poco contradictorias; pero no se trataba de hablar la pura verdad, sino de decir de estos padres el mal que se pudiese.... Jamás se hizo este reproche á los demás como se hizo á los Jesuitas; porque ellos eran temidos y odiados.... Lo que debe completar el asombro, es, que dos ó tres hombres solos.... hayan imaginado y llevado al cabo este gran proyecto.... de una semejante revolución."

Escuche vd. ahora al mismo filósofo, que tomando por su cuenta al rey de España, censura agriamente sus actos de despotismo, aunque lo celebra al mismo tiempo por convenir á sus miras; y vea también lo que deben aguardar del filosofismo todas las comunidades religiosas, á las que con hipócritos aplausos se trata de poner en pugna con los Jesuitas. "¿Creis acaso, escribia en su *Correspondencia*, á Voltaire (tomó XVI de sus obras, página 11) el contenido de la carta de M. de Ossun, leída en pleno consejo, y que dice que los Jesuitas habían formado el complot de asesinar el juéves santo (en buenos dias buenas obras) al rey de España y á toda la familia real? ¿No creis, como yo, que á pesar de que son bien malos, no son tan locos que piensen en hacer eso, y no desearias que esta noticia se pudiese en claro? ¿Y qué me decis de la pragmática del rey de España que los espulsa tan bruscamente? Persuadido vos, como yo, de los fundados motivos que para esto habrá tenido (1) ¿no creis conmigo que hubiera sido mejor publi-

(1) Los fundados motivos de que aquí habla D'Alembert, bien los conocia el mismo, cuando á la noticia de la destrucción de la Compañía, exclamaba con el entusiasmo de la impiedad: *En este momento todo lo veo color de rosa, establecida la tolerancia, llamados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, aniquilado el fanatismo.... los reyes son los ejecutores de la alta justicia, á favor de la filosofía, de la cual sin saberlo reciben las órdenes....* Por lo que respecta á si los Jesuitas podían ó no defenderse, no sabe-